





RESEÑAS

ALEXANDRE CRUZ NORONHA/AMAZÓNIA REAL

► En julio de 2021, doña Amália, profesora de lengua indígena, acompaña la autodemarcación de la Tierra Indígena Nawa do Acre. Expulsados de sus tierras a principios del siglo pasado y al borde de la extinción, los supervivientes de Nawa do Acre han esperado 22 años el reconocimiento de su territorio. Ante la política antiindígena de Jair Bolsonaro y el impacto de la construcción de una carretera en la frontera entre Brasil y Perú, decidieron autodemarcar las 53 000 ha que reclaman antes de que sean destruidas por nuevos invasores.



► *Pobreza y florecimiento humano.*

Una perspectiva radical

JULIO BOLTVINIK, 2020

Universidad Autónoma de Zacatecas/

Ítaca, México

No sólo necesitamos satisfacer nuestras necesidades básicas: nos es imperativo florecer

FRANCISCO PAMPLONA

De la tesis al libro

Beyond Basic Needs, We Have an Imperative Need to Blossom

FRANCISCO PAMPLONA

Universidad Autónoma de la Ciudad de México,

Ciudad de México, México

francisco.pamplona@uacm.edu.mx

Desacatos 70,

septiembre-diciembre 2022, pp. 188-193

En la introducción a su nuevo libro, Julio Boltvinik aclara que corresponde al texto de su tesis de doctorado (Boltvinik, 2005), pero “es menos y es más” que aquella investigación que volaba por los aires las concepciones de la pobreza en México, y habría que agregar, en el mundo. En esta obra se incluyen nuevas discusiones y se dejan de lado otras que se desarrollaron con amplitud en la tesis. En los años posteriores a la obtención del grado, a partir de un análisis minucioso, Boltvinik puso a prueba las teorías y metodologías tanto para observar el fenómeno de la pobreza como para medirlo. Además, cuestionó las políticas públicas de varios centros del poder nacional y mundial que se apropiaron de las maneras y procedimientos para contender contra un fenómeno que tenía y tiene como protagonistas principales actores

de carne y hueso, que suman miles de millones en el mundo.

De ese modo mostraba el fracaso de la política pública nacional y mundial, y revelaba a los ojos de ingenuos y oportunistas que la mirada sobre la pobreza era estrecha y había sido cubierta, no por un velo de la ignorancia, sino por una barrera casi infranqueable de programas, acciones, medidas, evaluaciones, metas y objetivos presentados en informes aquí y allá, que poco tienen que ver con las personas que a diario luchan por sobrevivir u obtener migajas de la ayuda humanitaria que ofrecen esos mismos centros de poder, en un intento de lavarse la cara frente al mundo, con la promesa de un salvamento de un dólar diario que ni siquiera tienen intención de proveer.

Esa mirada, cegada por técnicas de medición de la pobreza, no sólo era y es un impedimento para contar e identificar correctamente a quienes viven precarizados, sino que era y es un obstáculo ético para entender la riqueza que cada ser humano lleva consigo y no logra expresar en la construcción de un hogar común, más modesto y justo.

El lema del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social en México, “lo que se mide, se puede mejorar”, es parte de esa retórica que distrae la mirada, que se acrecentó y sigue vigente desde el comienzo de la era neoliberal, pero sabemos que no es así. Boltvinik lo avizó en más de 30 años de investigación: es necesario medir, pero medir bien, atender el rigor de la ciencia y la técnica aplicadas; es más, hacerlas corresponder con la complejidad de un fenómeno que se escapa en sus dimensiones humanas, imposibles de someter a cuantificaciones razonables. La vida de las personas puede mejorar siempre, puede florecer incluso en condiciones de miseria, incertidumbre y riesgo, y puede naufragar en medio de la abundancia material.

Un libro complejo

El libro es de difícil acceso para el lector promedio. Su característica principal es el estilo que acompaña siempre al autor: poner a dialogar a los autores que analiza, de modo que es complicado seguir las discusiones, las clasificaciones y la sutileza de las diferencias entre una posición y otra. Esa dificultad se supera porque la estructura da treguas entre capítulo y capítulo. Entre ellos se desenvuelve un hilo que nos lleva al objetivo, que no es sólo académico o libresco, sino político y social. Lo que Boltvinik desea y propone es un mundo en el que todos tengamos la posibilidad de florecer, autodeterminarnos, autorrealizarnos, ser mejores frente a nosotros y los demás, y vivir poéticamente, como propugnaba el filósofo checo Karel Kosík. La pobreza es un gran obstáculo para que esos propósitos se cumplan. La pobreza material en primer lugar. Boltvinik cita un párrafo de su tesis:

Sostengo que debemos ampliar la mirada para ver al ser humano completo y comprenderlo. Que si nuestra percepción de la pobreza económica, como la llamo ahora, es fruto de una mirada del ser humano desde la perspectiva económica solamente, para avanzar en la comprensión de ésta debemos derivar dicha mirada de una [estrecha] a una más amplia [...]. Por ello, después de muchos años de estudiar la pobreza, ciertamente de una manera más amplia que la mayoría de mis colegas, ahora he buscado una atalaya más alta para ver más lejos [...]. He buscado *ampliar la mirada* para inyectar un poco más de sentido al *para qué de la superación de la pobreza económica*. Quizás sea posible una *política de desarrollo centrada en el florecimiento humano* que busque rebasar la superación de la pobreza económica y genere verdaderas oportunidades de florecimiento humano (p. 15).

Para lograr este propósito, hace un esfuerzo encomiable: señala las limitaciones argumentales y los méritos de cada autor analizado. Los somete a un rigor expositivo que por momentos resulta pesado, por ende, reiterativo. Uno *debe aprender y aprehender* de esta lección de rigor y paciencia: lo primero es que todos los autores estudiados son importantes, con obras enciclopédicas o de gran calado, y examinarlos es una tarea no sólo parsimoniosa sino erudita.

Boltvinik es erudito en los dos temas convocados: el estudio de las necesidades del ser humano y los conceptos que se relacionan, como la pobreza, y el estudio de la libertad del ser humano y los temas que le rodean, como el florecimiento humano. ¿Por qué la libertad en primer lugar y no el florecimiento humano? Desde mi punto de vista, lo que está en juego es saber si podemos florecer por medio de la emancipación. No son las palabras del autor y no sé si las comparta, pero mi lectura me lleva a esa conclusión. El ser humano libre de verdad ha superado las barreras de los mínimos de supervivencia material y ha desplegado su potencia creativa. Sus rasgos son inconfundibles, pues está satisfecho en medio de la insatisfacción y con su mirada abarca lo que no sólo es fatalidad contingente sino destino, que puede ser modificado al elegir lo que le viene bien, que no siempre lo satura de las opciones que quiere, pero que conoce plenamente, y tiene la oportunidad de asimilarlas.

De modo que analizar a fondo a Karl Marx, György Markus, Erich Fromm, Abraham Maslow, Ágnes Heller, Manfred Max Neef, David Wiggins, Len Doyal e Ian Gough, a los teóricos marginalistas, los psicólogos, los paleoantropólogos, los estudiosos de la utopía —el registro es largo, pero no exhaustivo— y encontrar entre ellos coincidencias y discrepancias para elaborar una síntesis propia es una tarea tan compleja como agotadora.

A la consideración de la complejidad del libro debo agregar que hay páginas memorables, como en las que establece un diálogo “muy duro” con Ruth

Levitas —y William Leiss, su referente— a propósito de la distinción entre necesidades y deseos. Levitas y Leiss tratan de “culturizar” en extremo la relación del ser humano con la naturaleza y eliminar el componente de ansia o apremio de las necesidades básicas para hacerlas relativas a cada cultura y suprimir su carácter universal. Al parecer, Levitas no ha comprendido la posición de Marx, reiterada por los marxistas, de la humanización de las necesidades. No todo lo que se estudia en relación con la naturaleza es sociobiología, habría que señalar.

¿Puede florecer el ser humano? ¿Es capaz la humanidad de satisfacer los mínimos materiales para existir y ser? ¿Es la pobreza el principal obstáculo para un mundo a la medida del ser humano? Si la respuesta es positiva, ¿cuáles son los caminos factibles que, una vez despejada la mirada para ver lejos, se siguen para eliminarla? ¿Es una ingenuidad ese propósito o es parte de un *proyecto*? Uno pensaría que la lista de preguntas no es sólo abusiva sino incompleta, por ende, poco realista. Pero esta sociedad alienada nos ha enseñado que hay muy pocas cosas realistas cuando nos proponemos hacerlas y todas conducen a la acumulación de bienes materiales y la distracción por la provisión de lo superfluo. La mentira se apodera de la verdad, se la atraganta y la hace pequeña, hasta que desaparece de miles de millones de miradas.

De la insatisfacción al florecimiento humano

En el ensayo “Sentirse satisfecho en una sociedad insatisfecha. Dos notas”, escrito antes de la caída del Muro de Berlín y publicado en 1989, en un libro de transición personal e intelectual, Heller escribió:

El concepto de una “sociedad insatisfecha” aspira a la comprensión de nuestra época desde la perspectiva de las necesidades, o más concretamente, de la creación de necesidades, de la percepción de

necesidades, de la distribución de necesidades y la satisfacción de necesidades. Sugiere que la forma moderna de creación de necesidad, percepción de necesidad, distribución de necesidad, aumenta la insatisfacción independientemente de que cualquier necesidad concreta se vea realmente satisfecha. Además, sugiere que una insatisfacción general opera como potente fuerza motivadora en la reproducción de las sociedades modernas (1989: 162).

A lo largo del texto, Heller pone énfasis en que la insatisfacción es una potencia para la acción. En mis palabras, sirve para tener parámetros de decisión de lo que quiero y lo que deseo porque, al parecer, nos equivocamos al creer que la satisfacción de las necesidades actuales sucede del mismo modo en las generaciones, pues cada una exige satisfacer sus necesidades a partir de su propia experiencia. Esto coincide con la posición de Boltvinik cuando afirma que las personas en busca de la realización o la autonomía son ricas en necesidades, cuya creación es paralela al surgimiento de nuevos satisfactores. Heller rechaza una sola necesidad, con su respectivo ámbito conceptual: la necesidad de dominio. Sobre todo, del dominio sobre los demás, pero también del dominio de lo que nos permite vivir: la naturaleza.

La satisfacción de las necesidades radicales pasa por la comprensión de los tres rasgos fundamentales de la modernidad, según Heller: la industrialización, el capitalismo y la democracia. Esta última es fundamental para que pueda promoverse la vida buena, en la que los individuos se autodefinen. Lo que vemos ahora que han transcurrido décadas desde la caída del Muro es que el entusiasmo por la democracia a secas ha perecido y nos encontramos con que es insatisfactoria; de hecho, engañosa. Heller insiste en que no estamos amarrados de manera indefectible al “hado”, a la

contingencia de haber nacido donde nos tocó y su cruda materialidad. En ese momento, a Heller le faltaba escepticismo en cuanto al régimen y el estilo de vida que, pensaba, podía ser liberador. A lo que voy es a que no puede haber “conformismo” o “realismo” al reflexionar sobre la satisfacción e insatisfacción de nuestras vidas en el tiempo en que nos tocó vivir y ése es el desafío que propone Boltvinik.

A manera de síntesis, la obra incluye cuadros sinópticos de los temas que trata. El cuadro 4 de la primera parte es en particular útil en esta discusión sobre la satisfacción de las necesidades humanas. Se hace una comparación de autores conforme “acomodan” sus teorías de las necesidades a los criterios de Maslow —central en los análisis de Boltvinik, al igual que Markus—. Se identifican siete necesidades básicas de Maslow —fisiológicas, de seguridad, de amor-afecto-pertenencia, de estima, de autorrealización, cognitivas y estéticas—, más una octava, “sin clara asociación con Maslow”, relacionada con el “sentido de identidad” de Fromm, el placer y el juego de Michael Maccoby y la autonomía en Edward Deci y Richard Ryan. Una vez ordenadas en la primera columna, las compara con Max Neef, Doyal y Gough, Martha Nussbaum, Bronisław Malinowski y Heller. Es preciso subrayarlo: hay páginas de reflexión crítica de cada autor.

¿Boltvinik está construyendo su propia lista? ¿Por qué le parece tan importante tener una lista lo más extensa posible? Mi respuesta es que tenerla, no necesariamente consensuada, permite saber los parámetros de la satisfacción y la capacidad del ser humano para florecer. Eso es lo más importante. Tener una lista lo más completa posible también puede servir como arma política para *negar* la idoneidad metodológica, ya no digamos teórica, de la medición de la pobreza tal como sucede en los grandes organismos nacionales e internacionales. No se trata de la ambición ingenua de querer medirlo *todo* —de hecho, su método de medición integrada

de la pobreza no incorpora todo—, sino de mostrar el verdadero reto de argumentar cuáles son los caminos hacia una sociedad en la que lo bueno —el bien-estar— prevalezca y permita el florecimiento. Una manera simple de entender la diferencia:

La diferencia entre ambos ejes [el de pobreza económica y el de florecimiento humano] consiste en que en el del florecimiento *está el ser humano con todas sus necesidades y capacidades, el ser humano completo, visto desde todas las perspectivas, mientras que en el eje del nivel de vida, si bien sigue estando el ser humano completo, ahora es visto sólo desde la perspectiva económica, es decir desde el punto de vista de los recursos y condiciones económicas* (p. 166).

A mi parecer, Boltvinik da por descontado que en ese camino hacia el florecimiento personal y social debe haber una emancipación de las cadenas de la pobreza y la indigencia material y espiritual que vivimos. De hecho, una sociedad del bien-estar no es todavía una sociedad floreciente. Es duro decir eso y más aún asimilarlo: es incluso un desafío práctico, un verdadero campo de batalla en el que la verdad podría surgir. Pero la verdad es incómoda y tiene puntas filosas que desenmascaran a quienes viven de la mendacidad.

En el capítulo 5, Boltvinik recapitula y apunta que en su investigación hay lagunas, faltantes, temas no tratados, y pide a los lectores acompañarlo en el desafío intelectual que representa completar lo que falta a partir de reconocer lo hecho, que es mucho desde cualquier perspectiva. Esto es crucial porque enfrenta los retos para el nuevo enfoque, por ende otros temas, ahora desde la teoría emancipatoria de Marx y autores cercanos, como el trabajo humano, el tiempo libre, la utopía, la sociedad de la ciencia y la técnica. Acerca del tiempo de trabajo y el tiempo libre, parafrasea a Araceli Damián en cuanto a la aceptación del carácter elitista del florecimiento

humano en el capitalismo. Es un asunto similar al de Heller sobre sentirnos satisfechos y aceptar el capitalismo y muchas de sus reglas, pero en el texto de Boltvinik y el análisis de Damián no existe ese halo de conformidad con la democracia capitalista que se percibe en Heller.

En este capítulo desarrolla otra lista de 33 ítems sobre capacidades, virtudes y fortaleza de carácter, con argumentos a favor y cuestionamientos, que habrá de considerar con seriedad en el eje del florecimiento humano. Éste no es el lugar para enumerarlos, basta con decir que al ponderar esos elementos en mí mismo, el resultado es que me queda mucho por hacer y vivir, reto que después de los 60 años se antoja intempestivo, pero que *siempre es posible*. Cualquiera que lea el libro puede hacer ese ejercicio. Sobre los faltantes o temas no estudiados o tratados en parte, encuentro que un texto posterior se enriquecería con:

- Una discusión sobre las posibilidades de una antropología filosófica marxista entre autores marxistas: faltaron Georg Lukács, Kosík, Mihailo Marcovic, Leo Kofler, Jürgen Habermas, etc. Al menos Lukács y Kosík niegan esa posibilidad y argumentan que sería caer otra vez en la trampa idealista del antropomorfismo y la pérdida ontológica del ser humano. De hecho, algunos autores llaman al libro de Markus “ontología antropológica” y él mismo se pregunta si se puede atribuir a Marx una antropología filosófica.
- Una discusión sobre la utopía a partir de autores importantes, además de Levitas, como Ernst Bloch, Lewis Mumford, Francisco Fernández Buey, Walter Benjamin, Bolívar Echeverría, Frank y Fritzie Manuel, etc. Las ideas de Bloch de que estamos en el “todavía no” y cualquier pensamiento utópico se desarrolla en el sueño diurno —habría que incorporar a Gaston Bachelard—, hacia el *novum*, son cruciales

para entender el asunto desde una perspectiva radical.¹

- Una discusión sobre el proceso de individuación y socialización —este último prácticamente ausente—, con autores como Alfred Lorenzer, otra vez Habermas, Jean Piaget, Lev Vigotsky, Lawrence Kohlberg, John Bowlby, Gilbert Simondon, etc., enriquecería la perspectiva crítica.

Una reflexión final e invitación a leer el libro de Julio Boltvinik

Con su peculiar ironía, Friedrich Nietzsche escribió: “criar un animal al que le *sea lícito hacer promesas* —¿no es precisamente esta misma paradójica tarea la que la naturaleza se ha propuesto con respecto al hombre? ¿No es éste el auténtico problema del hombre?—” (1995: 65). Agregó que la capacidad de olvido ha resuelto en gran parte ese problema. La inhibición de la conciencia, así sea temporal, corresponde a una memoria de la voluntad:

Para disponer así anticipadamente del futuro, ¿cuánto debe haber aprendido antes el hombre a separar el acontecimiento necesario del casual, a pensar causalmente, a ver y a anticipar lo lejano como presente, a saber establecer con seguridad lo que

es el fin y lo que es el medio para el fin, a saber en general contar, calcular —cuánto debe el hombre mismo, para lograr esto, haberse vuelto antes *calculable, regular, necesario*—, poder responderse a sí mismo de su propia representación, para finalmente poder responder de *sí como futuro* a la manera como lo hace quien promete! (pp. 66-67)

La tridimensionalidad del tiempo humano, la capacidad de prometer, olvidar y recordar, de separar lo superfluo de lo indispensable, la orientación de la voluntad hacia lo no existente, la capacidad de reprimir el deseo para reencontrarlo sin el asedio de la prisa... Todo esto muestra en plenitud la potencia humana de ser mejor, de florecer sobre un campo minado. Ésa es la reflexión hacia la que nos lleva la lectura del trabajo de Julio Boltvinik. Lectura enriquecedora, ardua, por momentos reiterativa, *que da frutos*. **D**

1 Aquí tomo el título del capítulo 33 de *El principio esperanza*, de Bloch, “Un soñador quiere siempre más”. Escribe Bloch: “son demasiados los que esperan fuera. Al que no tiene nada y se conforma con ello se le quita además lo que tiene. Pero el impulso hacia lo que falta no cesa jamás. La carencia de aquello en lo que se sueña no causa menos, sino más dolor. Y ello impide acostumbrarse a la miseria. Lo que causa siempre dolor, oprime y debilita tiene que ser eliminado” (2006: 9).

Bibliografía

- Bloch, Ernst, 2006, *El principio esperanza*, 2 vols., Trotta, Madrid.
- Boltvinik, Julio, 2005, *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*, tesis de doctorado en ciencias sociales, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Heller, Ágnes, 1989, “Sentirse satisfecho en una sociedad insatisfecha. Dos notas”, en Ágnes Heller y Ferenc Fehér, *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Península, Barcelona, pp. 162-197.
- Nietzsche, Friedrich, 1995, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid.